

EL ÚLTIMO INVIERNO DEL SIGLO XX

ANA caminó lentamente hasta el borde del acantilado. Se detuvo y cerró los ojos. Era una oscura mañana del último invierno que el siglo XX, aportaba en aquel momento, como único recibimiento al entrante siglo XXI.

Un tremendo temporal marino azotaba, aquel día, la costa del Principado de Asturias. La abrupta vertical de roca, que daba forma al acantilado sobre el mar embravecido, helaba la sangre del paseante que se aventuraba a asomarse desde él; pero Ana demostraba una vez más, que no era esa la primera vez, que ponía su vida en peligro desde la cima de aquella inmensa roca.

La figura de Ana, al borde del acantilado, dejaba entrever un carácter valiente, arriesgado, tal vez aventurero. Acostumbraba a decir a sus amigos que necesitaba buscar, continuamente, nuevos horizontes por difíciles que fueran.

Situada, indefensa como estaba, sobre al acantilado, demostraba que sus palabras no mentían. Su largo pelo, ensortijado en pequeñísimos caracoles, era agitado en aquel momento por un furioso viento que parecía querérselo cobrar como trofeo. Sus fuertes piernas de atleta, heredadas del vigor y de la fuerza de la raza negra y el gusto por la aventura propio de su piel blanca, —que a ambas razas llevaba en sus genes—, permitían que Ana corriera a escasos metros de aquellas abruptas verticales como si de una superficie continua se tratara.

Esas costumbres hacían pensar a las gentes del lugar, que su repetida búsqueda de riesgos debería, si no inquietar, si preocupar.

Pero Ana no podía controlar lo que ella misma definía como la llamada de la naturaleza. Aseguraba, que si se fundía con el agua descargada de una nube en forma de tormenta o de violenta precipitación, se sentiría como una parte más del Universo. Era habitual verla deambular, descalza, con un vestido largo, mojado y casi transparente, deslizándose hasta el borde de las rocas, buscando en aquella superficie inmensa de agua salada nadie sabía qué.

Aquella mañana, el mar batía sus aguas, levantando olas que golpeaban el acantilado como si quisieran romper las rocas en mil pedazos, pero Ana no demostraba ser consciente del peligro que corría aproximándose, de aquella manera, al borde. Desde allí, sus ojos miraban fijamente, sin poderlos apartar, a aquella superficie marina, queriendo encontrar en ella esa parte perdida de su vida que aún conservaba la esperanza de volver a poseer.

Había pasado una o varias horas, sentada allí; no sabía cuántas, porque cuando su alma adoptaba aquella actitud, su tiempo y su pensamiento se escondían entre el ruido de la tormenta y del agua.

Sin embargo, las escenas no buscadas de aquel desdichado día, acababan pasando ante sus ojos una y otra vez sin su permiso, como si de una película no deseada se tratara.

#

Ocurría no hacía muchos años. Había perdido la noción de ellos, cuando con Álvaro, su primer amor, ese amor que nunca se podía olvidar, huía bajo la lluvia de la presencia de miradas ajenas, que cohibían las expresiones del amor eterno que se prometían.

Recordaba, ahora, que eran días felices y que ninguna duda había de ello en sus vidas.

En una distracción, Álvaro, y con él su primer y único amor, desaparecía entre las sombras. Y ella, volvía y volvía al escenario de su dolor, con la esperanza de recuperarlo.

Desde aquella mañana del último invierno del siglo XX, las gentes del lugar contaban que vieron por última vez a la figura del vestido largo, mojado y casi transparente.